

# Asia: el culo del mundo

MANUEL BONILLA<sup>1</sup>

Mas una voz, formada por el estruendo de innumerables voces,  
responderá: No somos la inundación de la barbarie,  
somos el diluvio de la justicia.

MANUEL GONZÁLEZ PRADA

El 28 de enero se gestó un nuevo Descubrimiento —ese episodio del desembarco en unas supuestas Indias Occidentales en 1532—. No desembarcamos de ninguna Pinta, Niña o Santa María. Arribamos en Soyus y anclamos en el mojón 97,5 de la Panamericana Sur. Ese día, el balneario de Asia se inundó. Activistas, simpatizantes, curiosos, trabajadoras del hogar, comprometidos (la sociedad civil a secas), clavaron sus sombrillas en las arenas «inmaculadas» de la playa Las Palmas y formaron parte de un corso —no el de Wong—, de un cuerpo, de un operativo que, como en las mejores películas de espías, recibió un nombre: Empleada Audaz.

## CERCADO DE LIMA Y CERCADO EN ASIA

En 1996, Juan Carlos Torrico estrena en Lima su película *Asia: el culo del mundo*. La sinopsis decía algo así: «Una nueva forma de vida. Una vieja forma de morir. La búsqueda de una civilización se convierte en la búsqueda de sus propias vidas para los personajes». Jamás pensó que esa forma de vida, tal vez distinta como ajena, tal vez anónima como excluyente, tal vez aislada como amurallada, se pudiera dar en Lima. En el sur de Lima... en el culo de Lima.

El balneario de Asia, incluidos sus condominios, club y bulevar, no surgió de la noche a la mañana como el espejismo de un oasis en el desierto. Su urbanización se ha venido dando desde la década de 1990, alcanzando un ritmo vertiginoso con el proceso inmobiliario desde hace algunos años. El costo de un terreno puede oscilar entre 25 mil y 30 mil dólares. Dependiendo del tipo de construcción y de la playa, se puede gastar desde 50 mil a 100 mil dólares en la edificación de la casa. Alquilar una por la temporada cuesta 15 mil. Esa tendencia al escapismo, al aislamiento, la llegada a la segunda casa, fuera de la ciudad, responde al impulso de apartarse (*¿apartheid?*), de buscar refugios en islas de semejanza, con la Gente Como Uno (GCU), en medio de un mar (revuelto) colmado de variedades y diferencias. Ya sucedió con Ancón, El Bosque, Pucusana o Naplo, lugares que perseguían lo mismo pero fueron alcanzados por el «desborde» de inmigrantes.

Los condominios son mundos cerrados, conquistados y enquistados en el corazón y riñón del balneario de Asia, ya en Cañete y todavía en Lima. Funcionan como una ermita: se encuentran físicamente dentro, pero social y espiritualmente fuera de la ciudad. A fin de cuentas, las ciudades son espacios donde los extraños permanecen y se mueven en estrecha y mutua proximidad (en convivencia forzosa) durante largo tiempo (probablemente toda la vida), sin dejar por eso de ser desconocidos, extraños. Y sabemos de esa frase tatuada en el imaginario nacional cuando te aventuras por la jungla de cemento, eso que le dicen a los prepúberes al salir: «Nunca hables con extraños».<sup>2</sup> Es que el miedo a lo desconocido no se aplica a tópicos del oscurantismo, de problemas existenciales o de las pesadillas de infantes, sino al diario devenir del ser urbano, del que ves en la esquina, del que vende en el mercado, del cobrador en una combi, del que limpia parabrisas en alguna avenida o del que se te acerca en un parque. Un común denominador los estigmatiza: «No son como yo». Son otros. Pero una otredad imaginaria, teórica. Y esto ni siquiera es solo bidireccional, es como el trébol de Javier Prado. La única diferencia que podría existir es que algunos acomodados o de mayor poder adquisitivo o de sueldos de más de cuatro cifras pueden pagar un sitio para vivir dentro de un condominio. Ahora ese panorama se agrava cuando se le agrega que la educación es un lujo en el país, que existen colegios y universidades privadas, que las oportunidades de trabajo no se otorgan por justa meritocracia sino por currículo hereditario y danza de apariencias. Entonces el asunto no es solo económico, sino también racial y cultural.

¿Y por qué debería sorprendernos esta dinámica en Asia? No es novedad dentro del paisaje de Lima la proliferación epidémica de rejas. A muchas urbanizaciones se ingresa por invitación o mostrando carné. Esta nueva estética de la seguridad impone una lógica de distancia y vigilancia. Los espacios públicos ya no son espacios de encuentro sino de mero tránsito; uno sale de su casa solo para ir a otra... conocida. Inauguran parques enrejados o, en el colmo, sin bancas, con la excusa de que son plazas o parques ornamentales.

¿Entonces qué? ¿Lo *in*? ¿Lo *out*? Los residentes de los condominios usan la valla, la tranquera, la reja, para estar *fuera* de la «desagradable, inquietante, vagamente amenazante y dura vida de la ciudad, y *dentro* de un oasis de calma y seguridad». Como en una logia o una secta, alguien de «adentro» puede hacer ingresar a un no iniciado. Una vez dentro, hay reglas. Esas reglas separan «al gueto voluntario de los encumbrados y poderosos de los numerosos guetos forzados de los marginados» mediante diversas técnicas —sutiles algunas, «políticamente correctas» otras y segregacionistas todas—. Entonces, al espacio escurridizo no se puede acceder debido a los tortuosos caminos de acceso; el espacio erizado está resguardado detrás de púas, vidrios rotos o cables de alta tensión; y el espacio nervioso es monitoreado por patrullas de vigilancia, cámaras y terminales de seguridad. Estos espacios recrean fortalezas que protegen del enemigo, del distinto, de lo cholo. Es ahí, con la suma de factores que altera el producto, que el racismo, la discriminación, las prácticas feudales, se institucionalizan. Había que hacer algo.

## AUD-ASIA

Todo empezó en la virtualidad. Una convocatoria, un llamado, que rebotó en blogs y fue cascada en numerosos reenvíos de correos electrónicos, una gran cadena embarazada a punto de dar a luz. El embrión era de por sí atractivo y urgente. El Operativo Empleada Audaz iba a congregarse a centenares de personas para una incursión masiva en los balnearios de Asia. Las mujeres irían vestidas de trabajadoras del hogar (término que reemplazaría al tristemente célebre empleada) y la manifestación, de forma juguetona y pacífica, más se acercaba a una *performance* teatral. La apropiación de un espacio público para montar una escena que pretende dar un mensaje, generar reflexión, pintar una realidad, subvertir, transgredir y provocar. El simple hecho de disfrutar de un día de playa en un espacio que se sabe pero no se reconoce discriminador (que muchas veces es secreto a voces, tácito) suponía, desde su sola enunciación, una transgresión peculiar, desafiante. A más lúdica, más divertida, más gente podía captar el mensaje. Si fuera de mayor enfrentamiento, con un orador vociferando desde un estrado o con arengas y cartelones repetidos, la gente se aburre, se satura, no escucha, dice que es más de lo mismo.

Tres eran los motivos primordiales: tomar como punta del iceberg la situación de racismo y discriminación que se vive en Asia como una metáfora de lo que sucede en el país; poner sobre el tapete el rol de las trabajadoras del hogar que se encuentran segregadas en sus centros de trabajos, consideradas ciudadanas de segunda categoría y, por ello, impedidas de algunos derechos (el más absurdo de todos: que no pueden ingresar al mar sino hasta las cinco de la tarde, cuando el sol muere y solo hay yates en alta mar); y, por último, oponerse a la apropiación ilegal de las playas por condominios y clubes, que al cercar su terreno prohíben o dificultan el ingreso.

«Nunca esperamos semejante convocatoria. No hemos podido sistematizar todos los mails de la gente que quiere apoyarnos», explica, incrédula, María del Mar Pérez. Esta andaluza feroz y aguerrida es una de las caras visibles del operativo; forma parte de la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos, que a su vez integra la Mesa de Concertación contra el Racismo (junto con APRODEH, La Casa de Panchita y otros colectivos), los promotores y organizadores del evento.

Días antes del domingo 28, la fecha elegida en este verano caprichoso, Mar Pérez se mueve inquieta en el local de la Coordinadora frente al parque Castilla, en Lince. ¿Cómo saldrá todo? Son seiscientas las personas confirmadas; para las mujeres hay uniformes de trabajadoras y para los hombres, polos blancos con las consignas «Basta de racismo» impreso en el pecho y «Ser racista ya fue» en la espalda. ¿Saldrá todo bien? El arrojo de la juventud, ese brío que es el brillo en los ojos de Mar Pérez, se trasluce al hablar, suena coherente y resulta convincente. Como guerrera cuajada, ella estuvo detrás del plantón en Café del Mar y también en Larcomar (locales en Lima con maquilladas prácticas racistas, regidos por el eufemístico «se reserva el derecho de admisión»). Sin embargo, la acogida no fue toda de color rosa. Mar Pérez recuerda un correo

electrónico que recibió de un tipo que «justificaba» las playas segregadas, «hablaba de suspensores puntiagudos, de calzones color crema que se transparentan» como inapropiados y desagradables en ese paisaje de gente bonita. El problema es asociar esa supuesta falta de educación a cuestiones raciales. «No hay personas intrínsecamente sucias o desordenadas, el problema es una falta de educación, un descuido por parte del Estado que luego margina a esos ciudadanos por su falta de educación. Es algo contradictorio», comenta Mar Pérez.

Algunos dicen, para consolarse o para aliviar la conciencia, que el racismo en el Perú no ha llegado al límite de las matanzas étnicas, en el que la violencia se vuelve más explícita. Acá el racismo es algo más soterrado, imperceptible a veces detrás de la careta del humor, del chiste o de la «chapa», como el gas que se cuele por debajo de la puerta. Entonces cuentas una situación tan inverosímil (un taxista me comentaba que le habían dicho que el mar en Asia es azul) como la prohibición de meterse al mar y causa risa antes que indignación. «Muchas veces la gente que tiene comportamientos más racistas es la gente supuestamente más discriminable. El agredido incorpora la mentalidad del agresor.»

En el país y en el discurso se mantiene una visión anticuada de los derechos humanos: no solo es jurisdicción de las ONG («las niñas de sus ojos» del gobierno) y en cualquier lugar del mundo un activista de los derechos humanos está más cercano a una empresa quijotesca y romántica. Mar Pérez, especialista en Derecho, quita la venda y pone de relieve la verdadera dimensión de los derechos humanos: «Los derechos humanos no son solo civiles y políticos, que no te desaparezcan, que no te arresten; no es solo el Frontón o La Cantuta; es derecho a una vida digna, a la salud, a la educación. Se refiere a cualquier tipo de vulneración que se cometa por cualquier agente, sea natural, privado o estatal».

### **¿ALÓ? ¿CON PANCHITA, POR FAVOR?**

Esas fueron las llamadas que empezaron a recibir luego de que saliera publicada la historietita «Panchita», que contaba la historia de una joven provinciana que llega a la capital para convertirse en trabajadora del hogar. Como todos la vinculaban con ese nombre, la Asociación Grupo de Trabajo Redes pasó a llamarse «La Casa de Panchita». Sofía Mauricio, una de las fundadoras, espera que «Panchita» no pase a ser un término peyorativo para designar a las trabajadoras del hogar, como en su momento lo fue «Natacha». En las primeras cuerdas de República de Chile, Sofía Mauricio (durante muchos años trabajadora del hogar) recibe a las «amigas» que llegan a la Asociación en busca de asesoría, para comentar un caso, para buscar trabajo, para inscribirse en los talleres o simplemente para jugar (muchas trabajaron desde muy niñas y ese terreno del juego siempre les fue esquivo) y poder conversar con alguien. Todas son bienvenidas.

Las trabajadoras del hogar en Asia y en cualquier sitio deben recibir un sueldo de acuerdo a la ley 27986, emitida el 3 de junio de 2003; los empleadores no deben escudarse en los argumentos «pero si yo le doy comida y casa» o «eso lo puede hacer cualquiera, eso no te hace una profesional». Sofía Mauricio trabajó desde los 7 años en una casa en Cajabamba, pues su padre se había fugado y su madre tenía que alimentar a sus tres hermanas. «Entonces es curioso, porque a esa edad no tienes idea de lo que significa el trabajo y te sientes contenta porque te dan de comer todos los días, y lo agradeces. Es ese modelo el que se conserva al venir a la capital y pasa a través de generaciones.»<sup>3</sup>

Existen entre trescientas a quinientas mil trabajadoras del hogar en el país, y la tercera parte radica en casas en Lima. El 80% proviene del interior. Sofía cuenta, gracias a testimonios que han recibido, que muchas de ellas «interiorizan una diferenciación: yo trabajo en Las Casuarinas (que son pocas las que llegan) y tú en Comas. Como que son de otro *nivel*; sus prioridades, vínculos y aspiraciones son otros». ¿Podríamos hablar entonces de alienación? Cuando el trabajo no es «cama adentro», el viaje a casa es una ducha de realidad, un volver al seno familiar, a tus redes sociales, te quitas el uniforme y te desligas de tu rol de trabajador. La alienación se produce cuando no se diferencia el ámbito de trabajo y el lugar donde vives. Imaginemos un profesor que vive (literalmente) en su salón de clases, o un periodista que habita en la sala de redacción. El resultado es el desarraigo.

Por otro lado, en algunas casas, cuando los padres trabajaban vertiginosamente, las

trabajadoras del hogar se convierten en el colchón emocional de los niños que tienen a su cargo, que encuentran en la cocina ese lugar donde se guisan emociones y hierven afectos, donde se cuentan historias de Huaripampa, de Quispicanchis o de Lucanas. Por cierto, ¿cuántos de ustedes, desocupados lectores, si es que han contratado a una trabajadora del hogar en alguna ocasión, conoce su apellido o su lugar de origen?

### **VAMOS A LA PLAYA, O-U-O-U-Ó**

Bloqueadores antirracismo, toallas y ropas de baño (de marca o de «bulbito»). Eso era necesario. Los buses aguardaban en cuatro puntos en Lima, con los motores rugiendo desde las 9 de la mañana. La salida era una hora después. El punto de encuentro era el grifo Pecsca a la entrada del bulevar rumbo a Las Palmas, la playa más antigua de Asia. Todo se había pactado en la virtualidad, nadie se vio las caras hasta que subimos a los carros. Todos habíamos recibido y leído, al menos ojeado, el manifiesto de la Empleada Audaz. Quedaba claro entonces que no debíamos ceder a provocaciones, «porque ellos dicen que los cholos son violentos y resentidos»; ni ensuciar la playa, «porque ellos dicen que los cholos son sucios y poco civilizados». No era una excursión, un paseo con movilidad gratis a Asia. ¿Estábamos convencidos de ello?

Unos días antes, empleando la lista de correos electrónicos que la coordinación utilizaba para contactarnos, se empezaron a leer este tipo de joyitas que no escapan de un argumento surreal:<sup>4</sup>

no conosco a nadie, me gustaría conocer a alguien antes del dia no???, bueno me escriben, todo tipo de personas interesados en la lucha contra la injusticia.

bueno depende, eres hombre o mujer, no mentira, bueno mi nombre es flavio jhon estudio derecho en la universidad inca garcilaso de la vega [...] no se que mas decir,,,, no tengo enamorada jajajaja mentira.

cuanta plata tengo q llevar para no se px too lo que valla a haber o tengo q llevar comida o aya me van a dar?

Los felicito por la convocatoria ¡¡yo soy actriz, además de antropóloga me llamo Mercy Bustos, que hice el papel de La Chola Miranda en 1000 Oficios, para que me reconozcan.

Hola, soy Gladys y estoy vendiendo unos bloqueadores argentinos buenazos, que los use para ir a Punta Hermosa y no me queme nada ni me ardio la piel con ellos. Son de la linea ESSENCE NATURE, y los precios oscilan entre los S/.10.00 por unidad y 2xS/.15.00. Pero para los agentes del operativo EMPLEADA AUDAZ, se los dejo en S/.5.00. Sin mi comisión, por supuesto. Es para apoyar el operativo y que no les de insolación. Avisenme a mi correo quienes los deseen, hay de dos aromas: Durazno y Vainilla.

Por razones obvias, la lista fue bloqueada. Entonces, vale repetir la pregunta: ¿Estábamos convencidos de lo que hacíamos?

La procesión humana tomó cuerpo e inició su marcha hacia el mar. Cámaras por todos lados, reporteros, vendedores de gorros de cartón porque el sol era abrasador, heladeros y algunas figuras mediáticas como Gisela, Melania Urbina, Fernando Armas, y las congresistas Hilaria Supa (que por primera vez iba a conocer el mar) y María Surime, que aseguraban la presencia de los medios (aunque mal enfocadas; al día siguiente, en los diarios populares el titular era «Señito se baña con natachas en Eishia»). Pero todo iba saliendo demasiado bien. No se respiraba ese ambiente de exclusividad, de opresión (salvo algunos muchachos de neuronas bronceadas que insultaban desde sus camionetas), como si, alertados, estuvieran cumpliendo su papel en la obra, siguiendo un guión. Después de todo a nadie le gusta que le digan racista.

En la otra orilla, Mariano Peña, presidente de la Asociación de Propietarios de Inmuebles Rurales del Litoral Sur (APRILS), declararí para un medio: «La playa de Asia es libre. No existe eso de que las empleadas domésticas se bañan en un horario, ni que no pueden caminar juntas. Eso es absurdo, es una invención de algunas ONG que tienen que justificar los gastos del dinero que reciben. La gente que vendrá son políticos de la izquierda caviar. Hasta parece que ofrecen refrigerio. Están tratando de justificar su trabajo».

Cuando pasó el fervor de entonar el Himno Nacional, en fila india (o mestiza) empezamos a caminar por las arenas pías de Las Palmas. Un gran cordón de cuerpos se extendió a lo largo de casi un kilómetro, de espaldas a los bronceados habitúes de estas playas «soñadas», propietarios que no podían creerlo, que nunca en su vida habían visto tanto «exotismo» junto, más cholos que en la selección peruana, que era de por sí lo único permisible, y allí sí todos somos peruanos. Pero ahora no, la invasión había llegado, los cercamos, fuimos una gran valla, una de sus tranqueras, solo que no dejamos pasar al racismo. El grito a una voz de «empleada audaz», que ensordeció el reclamo de las olas, fue el preámbulo de un verdadero chapuzón en ese mar liberado, con ropa y todo, tumbarse sobre la espuma, correr. Una postal aérea hubiera registrado esa ola humana que ingresaba al mar. Resultó un mito: el mar de Asia no era azul.

## EN EL MAR LA VIDA

## ES MÁS SABROSA

El operativo estuvo en boca de todos. Cumplió su objetivo, puso el dedo en la llaga, y lo convirtió en debate. Fotografías y videos caseros llenaron la blogósfera y Youtube. Así se dio a conocer, así como empezó, y la virtualidad nunca fue tan amiga. Y hasta en el diario 20 Minutos de España y el Ouest France de Francia comentaron lo sucedido en ese lejano país. Ese movimiento ciudadano, como lo nombró la prensa, fue la semilla de lo que ahora es una enorme palanca social contra el racismo en el país. A un mes del operativo, los agentes se volvieron a reunir a evaluar lo conseguido. En el local de la GUAY, donde se congregaron, se llenaron las paredes con recortes de medios que comentaban la acción y se proyectaron documentales de aficionados. Pero todo cambio de subjetividad es un proceso paulatino, lento. Aún existen residuos culturales que impiden considerar a todos como ciudadanos con los mismos derechos. A pocos días del operativo se abrieron foros en Internet, en los que se vertían opiniones como para erizar los cabellos; claro, no son mediatizadas ni «mieditizadas» por una cámara de televisión, son un grito anónimo pero real:

Todos trabajamos para vivir, trabajamos en lo que sabemos y a nuestra manera; ellas también, seguro sufren por no tener lo que nosotros tenemos pero es lo que Dios nos dio y fue por algo, no por eso nos tenemos que sentir mal.

En el fondo lo que quieren es poder ir un rato a figurar a Asia. Mejor no se hagan los izquierdosos, chapen su soyuz y vayan a pasar el día a Asia a sentirse nice por un día.

Finalmente... ¿qué porcentaje de las nanas que van a cuidar a los bebés a la playa sabrán nadar? alguien tiene las estadísticas???! por que eso también me parece super importante!!!!

En verdad los únicos q se hacen problemas tontos son esa gente q por cualquier cosa quiere protestar y tener un tema de conversación yo creo q cada uno con su roche y si las empleadas estuvieran tan molestas con eso ya hubieran renunciado... o no...

Es difícil siquiera imaginar lo que significa la diferencia en una sociedad tan heterogénea como la nuestra, donde las estructuras coloniales que justificaban la esclavitud y la servidumbre aún sobreviven como ruinas, donde la tolerancia desaparece del vocabulario y la indiferencia reina. Es como un concierto estelar. Imaginemos los niveles sociales, culturales y económicos como la jerarquía de entradas: desde platinum hasta vip y de preferencial a stand-up. Están divididas por cordones, por barreras; unos tienen asientos y otros no. A veces, esos fornidos agentes de seguridad monosilábicos son el contingente que evita las «migraciones» de un estrato a otro. Es la misma segregación que hay dentro del país. ¿Y qué me dicen de los que no entran al concierto, de los que quedan fuera del baile de la ciudadanía?

- 1 Estudiante de la especialidad de Periodismo de la Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación de la PUCP.
- 2 «El extraño es, por definición, un agente movido por intenciones que, en el mejor de los casos, podemos adivinar, pero de las que nunca podremos estar seguros.» (Bauman, Zygmunt. *Amor líquido*. México: FCE, 2005, p. 141.)
- 3 Es interesante constatar que la venta de la fuerza de trabajo en oficios o servicios (mucamas, trabajadoras del hogar, niñeras, encargadas de limpieza) es la principal arma tanto de los que llegan a la capital desde la provincia como de los que migran desde Lima a Miami.
- 4 Las faltas ortográficas de los correos electrónicos originales han sido conservadas.

■